

Concha Roldán

Premios Balón de Oro

Tras ver el lunes por televisión la ceremonia de los premios futbolísticos Balón de Oro, me parece como primer hecho destacable que el fútbol español ha obtenido el Balón de Oro femenino y masculino en el mismo año. Con la edición 2024, la catalana Aitana Bonmatí, por segunda vez consecutiva, y el madrileño Rodri Hernández han logrado tan importante reconocimiento mundial por su trabajo en la selección española y en sus respectivos clubes, FC Barcelona y Manchester City.

Daba gusto verlos, no solo por conseguir tan merecidos trofeos como futbolistas, sino también por su impecable comportamiento dentro y fuera del campo. Nunca se olvidan de agradecer y hacer partícipes a sus compañeros de equipo y selección de los trofeos que reciben, al ser el fútbol un juego colectivo.

Por si hubiera sido poco con los dos Balones de Oro para dos futbolistas de la selección española, en la gala 2024 se reconoció al Real Madrid como mejor equipo masculino del año; a Carlo Ancelotti como mejor entrenador masculino; y a Kylian Mbappé, como máximo goleador, empatado con Harry Kane. Se anunció el éxito del Madrid, pero de forma injustificable e irrespetuosa con el resto de los premiados, dio plantón a todos, al no acudir a recoger sus trofeos. Al parecer, sólo debía ser Balón de Oro su jugador Vinícius, pero resulta que este galardón lo votan periodistas, no lo decide Florentino.

El fútbol español ha tenido tres distinciones más: el Premio Sócrates, para Jennifer Hermoso, por su labor contra el machismo, las agresiones sexuales y la desigualdad de género en el fútbol; el premio Kopa, para Lamine Yamal, por su rendimiento con 17 años en su club y en la selección española; y, por último, la distinción de mejor equipo femenino del año para el FC Barcelona. Por cierto, el presidente Laporta no debió hablar del Barça masculino en la gala tras recoger el trofeo otorgado al equipo femenino, que debería haberle entregado a Alexia Putellas. El protagonismo en ese momento tenía que ser para las jugadoras, pero aprovechó la gran audiencia de la gala para cantar su entusiasmo por el brillo del nuevo Barça. No tocaba. Las premiadas en 2024 son ellas.

LA TRIBUNA | José Badal Nicolás

¿Estudiar? ¿Para qué?

Lamentablemente, en la España de hoy en día, tener estudios ya no es una garantía, como lo fue antaño, para ganarse la vida con cierto desahogo



A.DONELLO

Me acuerdo muy bien de la frase que me repetían mis padres, cuando yo todavía era un niño, con el deseo de alejarme de la holgazanería y de inculcarme la apetencia de aprender y el hábito del esfuerzo. «Trabaja, estudia, que es en tu provecho, en tu beneficio, para que te labres un porvenir y seas una persona de bien». Es lo que escuchaba en boca de mis padres, sobre todo en la de mi madre, empeñada en que algún día pudiera desempeñar un empleo a mi gusto y alcanzar una posición social que me permitiera vivir con desahogo. Eran palabras juiciosas, sensatas, cabales, que rezumaban sentido común y un intenso amor hacia el hijo al que iban dirigidas. Dudo que ahora sean válidas, al menos tanto como lo eran entonces. No tengo

claro que el aprendizaje y la cualificación profesional sean garantía de una ocupación o un puesto de trabajo estable, a salvo de la angustiante precariedad, no digamos ya bien remunerado.

Pensemos que el salario medio bruto en España es de 2.353,59 euros al mes (INE, 2024), que descontando las cargas impositivas apenas si ronda los 1.750-1.800 euros netos, cifra engañosa por cuanto es un valor medio y esconde muchas desigualdades, pero aun así cantidad muy inferior a la que se estima como un buen salario neto mensual para vivir con cierto desahogo en nuestro país, que es 2.700 euros para una persona sola o 4.000 euros para alguien con familia a su cargo. Por vergüenza ajena, no comparo con las retribuciones salaria-

les en otros países europeos de nuestro entorno. Añadamos a esto el esfuerzo fiscal, que es el resultado de dividir la recaudación fiscal entre el PIB per cápita (no el PIB total del país) con referencia a un año. Pues bien: soportamos un esfuerzo fiscal que es (nada más y nada menos) el 17,8% superior al de la Unión Europea, tal como lo pone de manifiesto el informe 'Competitividad fiscal 2023' elaborado por el Instituto de Estudios Económicos (IEE).

Estas cifras revelan por sí solas cuál es el panorama real de los bajos sueldos y los desmesurados impuestos que afligen a los trabajadores y a las familias en nuestro país, sin distinción del tipo de formación o el grado de cualificación personal. Son números que chocan con una gobernanza 'progresista'. Los ciudadanos ven cómo disminuye su poder adquisitivo a la vez que repuntan los impuestos. Corren tiempos en que ambos cónyuges o integrantes de una pareja han de trabajar duro para sacar adelante un proyecto de vida próspera en común, con total incertidumbre, haciendo frente al disparatado precio o alquiler de la vivienda y a la carestía de las cosas más elementales. Más de uno, falta de ilusión y optimismo, caerá en la abulia y la apatía para atender a su prole (si la tiene) e insistir en consejos tan precavidos como los que a mí me daban. Se preguntará: ¿estudiar? ¿para qué? ¿No será mejor que los hijos se aficionen al balón (pese a no ser hábiles con la pelota), formen un grupo musical (aun careciendo de aptitud para ello), o se conviertan en 'influencers' (hay idiotas que se obnubilan con naderías), para conseguir un efímero aplauso y quién sabe si al menos un caudal de pronta merma?

Puede que, sin atisbar indicios de bonanza y fortuna en el horizonte, no les falte razón en los tiempos que nos afligen. Por si acaso, yo sugiero el ingreso en un partido político a temprana edad,

preferiblemente si se autodefine como progresista, en el que por encima del mérito y la capacidad se valoren y recompensen más la sumisión y la ausencia de crítica, donde no se cuestionen las opiniones del líder, ni sus incoherencias o desatinos, y menos aún sus frecuentes y repentinos 'cambios de opinión'. Asimismo, hacer acopio de paciencia, renunciar a la discrepancia y perseverar en la lisonja para ganar la voluntad del

«Los bajos sueldos y los desmesurados impuestos afligen a los trabajadores y a las familias en nuestro país»

«número 1». Esta receta no augura al neófito el éxito inmediato, pero a la larga es bastante probable que le procure un estilo de vida relativamente cómodo, sin demasiadas tareas y preocupaciones, siempre que se mantenga firme en su actitud de buen lacayo; incluso puede que llegue a vivir toda su vida del enchufe y la prebenda, o sea del cuento.

Ironía aparte, la idoneidad de esta propuesta viene avalada por la retahíla de mediocres, anodinos e incapaces personajes que ostentan inmerecidos puestos de libre designación enquistados en distintos ámbitos de la administración del Estado, incluso en el consejo de ministros, más atentos al argumentario impuesto y prestos al enfrentamiento y al exabrupto destemplado que a cumplir con sus respectivos cometidos y obligaciones. Son protagonistas sin rubor de un bochornoso espectáculo centrado en la reyerta y el insulto permanentes, que desisten de dar explicaciones de su gestión al frente de la canonjía con la que han sido agraciados. Ojalá que retorne la regeneración democrática, la normalidad institucional y la concordia social.

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

| José Luis Mateos

Serrat

Joan Manuel Serrat recibió el Premio Princesa de Asturias, y lo recibió muy merecidamente y como un señor (en el sentido de toda la vida). Supo estar. Él, que es republicano, socialista de los de antes del aburguesamiento que otorga el poder. No quiso ponerse camisa blanca, como es propio del acto, pero al menos, llevaba corbata negra sobre camisa de la misma tonalidad. No parece muy oportuno que empezase allí, en el escenario más solemne, su discurso en catalán, en un guiño a sus seguidores más

sectarios. No esta el horno para bollos. Pero también se puede entender esto como la fraternidad y unidad en España de las diversas lenguas españolas. Como en Suiza, por ejemplo. Pero más allá de las lenguas y las ideologías que separan a los hombres, hay que loar la figura del cantautor. Que en muchas ocasiones, además de los textos de poetas de tronío, también fue letrista.

Y es que Joan Manuel Serrat ha sido y es algo tan poliédrico y creador de deleite para todos, que es único. Hombre de convic-

ciones y muy de su terruño, no ha sido sectario. Por eso hay que ver el significado de este hombre para Cataluña y para España. Y para Hispanoamérica, donde ha actuado y grabado con frecuencia. Más aún, para el mundo, aunque no se enteraron siempre. Pero en Francia se le concedió la Legión de Honor, o sea que sí. Hemos dicho que es un caso casi único por la medida y placentera conjunción de letra y música.

Su característica voz, con su poético tremular y ese alargamiento de la última sílaba tan reconocible. Recurría a 'Esas pequeñas cosas' y a la vida, a la nostalgia, a la naturaleza. Habla de la infancia (¿la suya vacacional?) de un pueblo aragonés y de unas ruinas. ¿Quizá era Belchite?, de donde era su madre. Y siempre el

mar, y un 'Pueblo blanco' (¿Calella?) en la Costa Brava, donde pasó temporadas. Cosas de todos aunque no las hayamos vivido. Todo en él es conmovedor y bañado en ternura. 'Mediterráneo', el mejor álbum español de siempre, es su retrato.

No ha tenido empacho en compartir escenas o grabaciones con Manolo Escobar, Concha Piquer y otros (y otras) coplistas. Y hasta cantó en catalán en la Televisión Española de Franco (1974), a pesar del recuerdo de su frustrado 'La, la, la' eurovisivo. Hacía crítica social pero sin espinas, como era él. Con los años aprendió a ser más tolerante, más catalán y español a la vez, más ciudadano del mundo. Y no perdió nada de lo que ha sido su rasgo esencial. Su sencillez.